

Mas allá de la puerta del puente, en los miradores de una gran casa de piedra perteneciente al rico hombre Gil de Arévalo, estaban la reina doña María, con el rey su hijo, y gran parte de sus servidores, todos modestamente vestidos.

Don Diego Lopez de Haro, que tras de la reina estaba, al pasar los ataúdes, lanzó sobre ellos una mirada sombría.

Tal vez al contemplar aquella miseria, pensaba que en el porvenir podia caer sobre él otra miseria semejante.

Aquellos hombres que tan soberbios habian entrado en Castilla, habian sido reducidos de una manera terrible á la nada.

El señor de Vizcaya empezó á sentir miedo á aquella reina tan patentemente protegida por Dios.

Al pasar los ataúdes, la reina se arrodilló y oró, y por imitacion se arrodillaron el rey y los cortesanos.

El rey se alegraba, y debia alegrarse de la destruccion de sus enemigos, y á los cortesanos ni les iba ni les venia, pero se habia arrodillado la piadosa reina, y era necesario que se arrodillasen todos.

El fúnebre cortejo acabó de pasar, y la reina, el rey y la comitiva se retiraron al cercano Alcázar.

La reina iba triste y acongojada; acababa de ver algo terrible, algo miserable, algo conmovedor, y su gran corazon se habia oprimido.

VI.

Llevaron los difuntos á la catedral, cantáronles un responso, y luego, con algunas lanzas y algunos religiosos, los sacaron de la catedral y de Valladolid, y tomaron con ellos el camino de Aragon.

CAPITULO XVIII.

QUE SIRVE DE EPÍLOGO AL LIBRO TERCERO.

I.

Tal habia sido la conclusion de aquel cerco de Mayorga, que se habia puesto con tanta soberbia y con tantas seguridades de triunfo.

Como que los aragoneses contaban con la rebelde ayuda de los principales próceres castellanos, con la de los reyes de Portugal, de Francia y de Granada.

Todo lo habia deshecho la voluntad de Dios, y de una manera espantosa.

La situacion empezó á cambiar de aspecto.

Lo milagroso de aquel suceso habia vuelto en gran parte las cosas en favor de la reina.

Empezaban á prestarle ayuda muchos caballeros con sus mesnadas, y aunque el rey de Portugal seguia avanzando hácia Valladolid, no venia con tanto ímpetu como antes.

Parecia que le causaba cierta zozobra pensar en que como

habia agarrado la peste á los aragoneses, podia agarrarle á él y á los suyos.

—Hé aquí un ejército, decia don Dionís hablando de esto, que no le ha tenido de coste á la reina doña María ni un solo cornado.

La verdad es que don Dionís andaba dudoso, y que si no hubiera sido por dejar bien puesta su honra portuguesa, se hubiera vuelto, sin andarse en esperas, á su reino.

II.

La situacion, aunque algo despejada, era todavía para doña María de Molina sumamente difícil.

No era muy claro, que á pesar del terror que habia causado á los aragoneses el esterinio de su ejército por la peste, el rey don Jaime, que andaba en tierras de Murcia, no se volviese sobre Castilla.

El rey de Portugal avanzaba, aunque lentamente.

El de Francia amenazaba desde las fronteras de Navarra.

El rey de Granada corria las fronteras de su reino, dando mucho que hacer á Guzman el Bueno, y muy poco al infante don Enrique, porque como estaba en connivencia con él, no enviaba por aquella parte sus taifas.

Don Juan Nuñez de Lara, don Juan Alfonso de Haro y muchos ricos hombres castellanos, venian con el rey de Portugal, quejosos de que la reina no hubiese satisfecho una vez mas su insaciable ambicion.

Doña María, por otra parte, no tenia dinero ni de dónde le viniese, y sus caballeros andaban descontentos por mal pagados.

Aquello se hacia á cada momento mas difícil.

III.

Quince dias despues, Zayda Fatima, ya restablecida, aunque débil, vino á su campo, cerca de Valladolid, situado en el mismo lugar, fuera del arrabal de los Molinos, en que habia estado antes.

Encontró la caba; pero fué necesario hacer de nuevo la estacada y las barracas, porque habian cargado con todo los vecinos del arrabal.

Zancudo y todos los que pensaban algo en la compañía, se asombraban de que nunca faltase dinero á su capitan para tan enormes gastos, y Zancudo decia con mucha frecuencia:

—¡Cuerpo de mi viznieto, aquel que vendrá no se sabe cuándo! qué gran rey debe ser el rey, padre de nuestro infante, cuando da á la mano tanto dinero á su hijo.

IV.

Zayda Fatima, el mismo dia que llegó, por la noche, fué á ver, acompañada del conde don Lope, á la reina, por la mina que empezaba en la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

La reina la recibió con alegría, y Zayda Fatima cumplió el encargo que la habia cometido por medio de Zancudo el infante don Pedro de Aragon, y dijo tomando el relicario:

—Me negué á sus pretensiones de ser mi marido; pero acepto esta manda sagrada de un desventurado moribundo: que Dios quiera me proteja esta santa reliquia, ya que por sus malas obras contra mí, que yo le perdono, no le ha podido proteger.

Y la reina guardó el relicario entre sus ropas, pero no se lo puso en la garganta; le habia llevado un hombre enamorado de ella.

V.

Las cosas fueron mejorándose.

La reina envió mensajeros al rey de Portugal, que adelantaba sobre Valladolid, para que le recordasen los deberes que para con el rey su hijo había contraído voluntariamente.

Pero cuando el rey de Portugal supo que iban á buscarle enviados de la reina, no quiso que llegasen á él, y envió á decirles que se volviesen, que no queria oír nada de lo que les había mandado la reina le dijiesen.

Volviéronse los mensajeros á Valladolid, y manifestaron á la reina el mal éxito de su encargo.

Esto affigió á la reina, porque dilataba aquella situacion penosa, y no podía soportar los gastos de la guerra, porque todo lo que producian los tributos, lo tenían el infante don Enrique y don Diego Lopez de Haro, y los otros ricos hombres y caballeros que servian al rey.

Tenia necesidad de dar á don Diego Lopez de Haro y á los otros caballeros dos mil maravedises diarios para que se mantuviesen y no abandonasen al rey.

Además de esto, necesitaba mantener los soldados que tenia en la frontera del reino de Granada y á los que en lo restante del reino guardaban las villas y los castillos.

Sin contar con el mantenimiento de muchos almogaraves y hombres de guerra.

Exigíanle además con suma frecuencia muchos caballos los hombres de armas, aunque les mataban muy pocos en la guerra; lo cual, aunque era un abuso, no podía escusar, encontrándose pues, á causa de esto muy pobre; y sabiendo que todos sus enemigos estaban de acuerdo con el rey de Portugal para venir á cercar al rey en Valladolid, pensó en acuñar moneda por el rey, en lo que buscaba dos resultados: afirmar primeramente al rey en el trono, y hacer que, cuando los enemigos lo supiesen, la

respetasen mas, porque la considerasen con dinero suficiente para hacer la guerra.

Consultó esta medida la reina con don Diego Lopez de Haro y con los prelados, ricos hombres y caballeros que la servian, y todos hallaron buena y aprobaron la determinacion de la reina.

Envió luego la reina mensajeros con este propósito á los concejos de Zamora, Búrgos, Avila y Segovia, y ellos, conociendo la buena razon que para esto tenia la reina, se complacieron y lo otorgaron.

Mandó pues la reina acuñar la moneda, y obtuvo sobre ella un empréstito ó *manlieva*, como se decia entonces, con lo que pudo pagar cumplidamente á sus defensores y mantenerlos á su servicio.

Pesóle mucho de esto al rey de Portugal cuando lo supo, y confesó que ninguna otra cosa podia haber hecho la reina doña María que mas dañosa hubiese sido para él ni mas beneficiosa para el rey.

Sin embargo, no dejó de adelantar hácia Valladolid, ocupando las villas y lugares que encontraba al paso y destruyendo la tierra.

Visto lo cual por la reina, apellidó á todos los caballeros en Castilla para que viniesen á socorrer al rey, que estaba en peligro de ser cercado en Valladolid.

Pidió consejo á don Diego Lopez de Haro, al maestre de Santiago y á todos los caballeros que la asistian, acerca de lo que deberia hacerse.

Aconsejaronla que no esperase á ser cercada en Valladolid, y con el rey su hijo se fuese á Avila ó á Segovia ó á Toledo, para evitar el gran peligro de ser cercados sin esperar socorro alguno.

Negóse á este partido la reina doña María, que conoció que huir era dar aliento á los enemigos y desalentar á los amigos, y declaró que ella permanecería en Valladolid, y se dejaria cercar, porque si del cerco salia bien, lo habria ganado todo; pero que en cuanto al rey, por evitar el peligro de que fuese preso, podian

llevarle adonde pareciera mejor; pero que ella se quedaria en Valladolid para lo que Dios quisiese, afrontando el peligro, si lo habia.

Y cuando todos vieron que no podian reducir á la reina á que huyese, dijéronla que, puesto que queria quedarse, quedase, pero que con ella quedase tambien el rey, porque así se obligaria mas á la defensa á los de Valladolid.

VI.

Acordado esto, la reina envió cartas á don Juan Alfonso de Haro, manifestándole el peligro en que se encontraba, y que viniese á ayudarla.

A lo que don Juan Alfonso de Haro contestó que no podia hacerlo, porque estaba desheredado del señorío de los Cameros, y que si la reina no se lo daba, no iria á ayudarla.

A tal altura estaba entonces la lealtad en Castilla, sujeta á tarifa. Bien es verdad, que así, sobre poco mas ó menos, ha sucedido en tiempos mas modernos.

Costaba mucho trabajo á la reina ceder á esta exigencia de don Juan Alfonso de Haro, porque el rey don Sancho su marido, habia heredado aquel señorío de su hermano el infante don Jaime, y le tenia en mucha estima, y al morir el rey habia dejado este señorío al infante don Pedro su hijo, que entonces tenia cuatro años.

Pero obligada de la necesidad, y porque don Juan Alfonso de Haro tenia muchas villas y fortalezas en Castilla, é importaba mucho tenerle á buen servicio, mandó al fin entregar el señorío de los Cameros á don Juan Alfonso de Haro.

Esto era contemporar: siempre ceder, siempre puesta la esperanza en Dios, de que llegase un dia en que cesaran tantas humillaciones.

Conseguido esto por don Juan Alfonso de Haro, empezó á

hacer alistamiento de gente de armas y preparativos, para venir á ayudar al rey en Valladolid.

Habia recibido el precio, y era necesario prestar el servicio.

VII.

Entre tanto, el infante don Juan, que se llamaba rey de Leon, y el infante don Alfonso de la Cerda, que se llamaba rey de Castilla, y don Juan Nuñez de Lara, que estaba en el reino de Leon, como supieron que el rey de Portugal adelantaba á Valladolid, fuéronse para él con sus huestes, y le encontraron en Salamanca, y cuando con él se vieron, dijéronle que toda la tierra tenia quebrantada, y que podian irse á Valladolid todos juntos, seguros de que podian prender al rey; que preso, le quitarian el reino, y se lo repartirian.

El rey de Portugal movió entonces su hueste, avanzando mas sobre Valladolid, y llegando al Duero, pasaron junto á Tordesillos, y á otro dia llegaron á Simancas, donde estableció su campo y envió un caballero á la reina doña María, para que la dijese enviase otro caballero en quien ella fiase para hablar con él algunas cosas que queria supiese la reina.

Negóse á esto doña María, y respondió al enviado del rey de Portugal:

—Decid á vuestro señor de mi parte, que teniendo él solemnes tratos hechos con el rey mi hijo, como lo acreditan cartas suyas, y habiéndole dado el rey villas y fortalezas en cumplimiento de estos tratos, le entra ahora por la tierra quemándole, robándole y arrasándose todo; y puesto que él este daño le ha hecho, y le viene á cercar en su villa de Valladolid, decidle que le digo yo que si él llega con su hueste á ningun lugar desde donde pueda ver con sus ojos á Valladolid, donde está el rey, ó si se detiene mas en su reino, tenga por cierto y por seguro, que su hija la infanta doña Constanza, no llegará á unirse

con el rey mi hijo, por mas que sea su desposada, y que se la enviaré para que la guarde.

Volvióse el enviado con esta enérgica respuesta de la valiente reina, y halló al rey de Portugal mas hallá de Simancas, y por lo que el enviado le dijo, y porque habia recibido aviso de que se fuese á Castil Rodrigo y á Sabugal y á Alfayates, que se los entregarían, y además, porque don Juan Nuñez, viéndole resuelto á cercar á Valladolid, le dijo, y asimismo los otros caballeros castellanos que con él estaban, que no cercarian al rey don Fernando, ni mandarian tirar piedras, ni saetas, ni otras armas, contra el lugar donde él estuviese, y habiendo dicho esto mismo los caballeros que servían á los infantes don Juan y don Alfonso, temió que si se obstinaba en lo del cerco, y toda aquella gente de guerra se fuese con el rey don Fernando, se encontraría en gran peligro, é imposibilitado tal vez de volver á su reino, levantó el campo, y al dia siguiente pasó el Duero, llegó á Medina del Campo, y allí, separándose de él los dos infantes, y don Juan Nuñez de Lara, y los otros caballeros castellanos, volvióse á gran paso hácia su tierra, metiéndose en ella.

VIII.

Otro milagro acababa de salvar á la reina doña María, porque era verdaderamente un milagro que á don Juan Nuñez de Lara y á los otros traidores de Castilla, que ayudaban al rey de Portugal, se les ocurriese respetar de tal manera al rey, de cuyo señorío se habian desnaturalado, que no quisiesen arrojar piedra ni saeta, ni otras armas, al lugar donde el rey estuviese.

Verdad es que la reina doña María tenia dinero, por el empréstito que habia sacado sobre la moneda, y se podia esperar pagase bien á los que se fuesen de nuevo á su servicio.

IX.

Abandonados los infantes don Juan y don Alfonso, y ciegos de rabia, fuéronse á Palenzuela, desde donde el infante don Juan se fué á su usurpado y mal seguro reino de Leon, y el infante don Alfonso, con el rico hombre Pero Coronel y muy pocos caballeros, se fué á Aragon.

X.

Tales fueron los resultados de el para los aragoneses funestísimo cerco de Mayorga.

A haber tomado aquella villa, hubieran tenido una fuerte base de operaciones, se hubieran apoderado de Búrgos, hubieran ganado por las ventajas de la guerra tanto prestigio como hubiera perdido doña María, y la perdicion del reino hubiera sido asaz segura para el rey don Fernando.

La peste negra le habia salvado, y aquel socorro imprevisto, aquel socorro terrible, cambió de todo punto el estado de las cosas, y se tuvo con harta razon por milagro.